

El lugar de un prefijo: En torno al espacio postmoderno

ANTONIO TUDELA SANCHO*

Resumen: En torno a la simplificación que liga el término «postmodernidad» con el final histórico, cronológico, de la Modernidad se concitan dos posiciones opuestas: la de quienes (en la estela de Habermas) denuncian el talante conservador y apocalíptico, anti-moderno, de buena parte de los filósofos del siglo XX, especialmente en sus últimas décadas, y la de quienes (por ejemplo, Lyotard) celebran la caída de los referentes clásicos. Lejos de tal dicotomía, se trata de realizar del ambiguo «post» una lectura atenta no a la noción de tiempo sino a la de lugar o espacio semántico: la postmodernidad no vendría a finalizar nada, antes al contrario, se trataría de una perspectiva práctica desde la que entender los problemas aún vigentes de la Modernidad, de la que el «post» antepuesto sería modulación radical, extremo *Kunstwollen*, voluntad crítica basada siempre en la descreencia última en toda trascendencia, incluida la propia de la lógica moderna del progreso y la emancipación.

Palabras clave: Modernidad, postmodernidad, final histórico, espacio semántico, voluntad crítica, manierismo, descreencia.

Abstract: There are two contrasting positions about the simple identification of «postmodernity» with the chronological or historical end of Modernity: in the first place, those who (as Habermas) censure the conservative, apocalyptic and anti-modern manner from many philosophers in the 20th century, its last decades specially; on the other hand, those who (Lyotard, e. g.) celebrate the fall of the classical references. Far away from such dichotomy, this paper proposes a reading of the ambiguous «post» paying attention not to the notion of time but to the semantic place: postmodernity is not any end, on the contrary it is a practical way to understand the effective problems of Modernity, whose prefix «post» would be a radical modulation, an extreme *Kunstwollen*, a critical will always based on the definitive unbelief in all transcendence, even which is included on the modern logic of progress and emancipation.

Key words: Modernity, postmodernity, historical end, semantic place, critical will, mannerism, unbelief.

Defiéndeme, Señor. (El vocativo
No implica a Nadie. Es sólo una palabra
De este ejercicio que el desgano labra
Y que en la tarde del temor escribo.)

JORGE LUIS BORGES, *Religio Medici*, 1643

* **Dirección para correspondencia:** Facultad de Filosofía, Universidad de Murcia. Campus de Espinardo, Edif. «Luis Vives», E-30071, MURCIA, Tel. partic.: (34) 968 315626. Fax: (34) 968 363967. E-Mail: antudsa@um.es.

De entrada, pretender en escasas líneas una introducción aun mínima a lo que entendemos o creemos entender por «pensamiento postmoderno», se nos revela una tarea imposible: comenzaremos, pues, reconociendo de antemano nuestro fracaso dado que, en cualquier caso, decidimos no arrojar aquí sin más la toalla, sino seguir y apuntar al menos algunas ideas que desearemos resulten polémicas, que recojan de los sin duda mejor instruidos lectores claros signos de reprobación y, en fin, que los sitúen en la tentación o pertinencia de responder al hilo de nuestra exposición para subsanar sus carencias o corregir la que sin duda será al término legión de inconsistencias y errores.

Desafortunada expresión donde las haya, la llamada «postmodernidad», o «postmodernismo», como reza el epígrafe oficial que sirve de marco a nuestro intento, requiere de nosotros un guiño, un acuerdo o convención previa, una tácita complicidad sobre la materia, cuya posibilidad me atreveré a juzgar imposible. Porque lo cierto es que no se encontrará a dos estudiosos de la cuestión que hayan logrado alcanzar antes que nosotros dicha concordia, a no ser que obviemos en ella fisuras capaces de echar a pique en análogas circunstancias empresas de aun mayor envergadura. Me explicaré mejor recurriendo al fácil recurso de unos cuantos ejemplos tomados de aquí y de allá aunque no de un modo totalmente arbitrario. Así, y por referirnos tan sólo a lo que de la nómina de los *postmodernos* respecta, citaremos en primer lugar la un tanto espesa tipología establecida hace veinte años por el más encarnizado fustigador de toda *postmodernia*, Jürgen Habermas, en un célebre artículo donde, reconociendo el evidente carácter simplificador de toda tipología, incluida la suya propia, tacha a buena parte de los restantes pensadores del siglo XX de conservadores, y los clasifica en tres grupos según grados de conserva y posición ante el concepto de Modernidad —concepto del que Habermas se autoerige en máximo adalid—, a saber: el antimodernismo de los que llama «jóvenes conservadores», el premodernismo de los «viejos conservadores» y el postmodernismo de los «neoconservadores»; con tan sólo un par de pinceladas, Habermas descubre el juego y los intereses de cada uno de estos tres grupos y sitúa en ellos una serie de nombres propios que abarcan en cada caso una buena secuencia histórica, para que no quepa duda de que no se trata de tendencias improvisadas al calor del final de los años sesenta: de este modo, los teóricos franceses desde Georges Bataille hasta Jacques Derrida pasando por Michel Foucault ostentarían el rótulo correspondiente al primer grupo, el de los «jóvenes conservadores y antimodernos», mientras que la etiqueta de los «viejos conservadores y postmodernos» iría a parar a manos de los neoaristotélicos y a la línea que va de Leo Strauss hasta Hans Jonas y Robert Spaemann, y, finalmente, el estante de los neoconservadores —supondremos que viejos y jóvenes mezclados sin mayor preocupación por los tiempos en esta piña en neo-conserva—, y en tanto que neoconservadores, postmodernos, sería asignado a nombres tan increíbles como los de Wittgenstein («el primero», matiza Habermas), Carl Schmitt y Gottfried Benn. Todo se complica, concluirá Habermas¹, si atendemos al hecho de que en la práctica de la cultura alternativa y de la política se generan alianzas de todo tipo entre antimodernos, premodernos y postmodernos, socios todos al fin de la caverna conservatista. Si de los nombres convocados por Habermas en su nada ocasional labor de taxonomista retenemos interesadamente el de Jacques Derrida, joven conservador antimoderno en el decir del sabio alemán, no podremos menos que albergar cierta confusión al encontrarlo caracterizado como el filósofo *por excelencia* de la Postmodernidad en el análisis de críticos de la cul-

1 Cfr. para lo que venimos apuntando, HABERMAS, J., «Modernidad: un proyecto incompleto», en CASULLO, N. (Comp.), *El debate Modernidad / Posmodernidad*. Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1993, pp. 143-144.

tura tan solventes como Ágnes Heller y Ferenc Fehér², y de nuevo zozobraremos en la confianza en nuestros referentes cuando en un tremendo alegato anti-postmoderno escrito a partir del contexto de la Guerra del Golfo Pérsico por Christopher Norris, este autor —que centra sus ataques, por cierto que nada desprovistos de fundamento, ante todo contra Baudrillard— se preocupa con insistencia por separar a Derrida de lo que él, Norris, denomina «la actual moda textualista postmoderna»³, e incluso se toma el trabajo de mostrar a partir de los textos mismos del filósofo francés su enorme resistencia a «esa corriente de pensamiento pseudodeconstructivo fácil que tan fácilmente se empareja con la variedad baudrillardesca de retórica textualista postmoderna»⁴. De hecho, para Norris —con cuyas tesis en lo concerniente a esto y cuanto venimos apuntando hemos de estar absolutamente de acuerdo— Habermas incurriría en un grave error, fruto de una lectura en exceso sesgada, al creer que Derrida y su desconstrucción han roto con el discurso de la crítica «ilustrada», o con lo que como de todos resulta sabido Habermas denomina el «proyecto inacabado de la Modernidad»: antes al contrario, Derrida mantendría en activo dicho proyecto «al continuar poniendo en entredicho sus conceptos y valores fundacionales, y al hacerlo —sobre todo— con un espíritu en acuerdo con sus propios imperativos críticos»⁵.

Estos ejemplos han de servirnos para comprender lo turbia que se nos presenta la cuestión de la, a primera vista, simple adscripción de unos autores bajo el marchamo postmoderno. Cuestión que no se aclara, más bien lo contrario, cuando buscamos una definición de conjunto enfocada hacia los contenidos. Aquí sucede algo similar al problema anterior de las filiaciones: hay quienes, por recurrir de nuevo a un ejemplo, abogan desde finales de los años setenta por establecer un consenso en el sentido de que el Postmodernismo tendría como definición que restringirse al campo actual de las expresiones artísticas, donde ocuparía el lugar que antes se asignara a las distintas «vanguardias», mientras que el Postestructuralismo —en síntesis para entendernos, los autores franceses que Habermas agrupaba bajo el membrete de «jóvenes conservadores antimodernos», desde Bataille a Derrida, autores que en las pasadas décadas de los setenta y ochenta obtuvieron un gran eco en los Estados Unidos de América— sería su equivalente en la difusa escena actual de la «Teoría crítica», o por decirlo de otro modo, en el ambiguo magma contemporáneo de perspectivas o tendencias teóricas e interdisciplinarias que constituyen hoy el tejido de las Humanidades⁶. Pero sucede que este desalojo del término «postmodernismo» del ámbito teórico y no estrictamente artístico, ámbito donde operaría sólo el no menos ambiguo y problemático término «postestructuralismo», no nos soluciona gran cosa; si acaso sirve para restringir o acotar el campo del pensamiento dejando fuera del mismo a más de un autor difícilmente etiquetable como «postestructuralista», y ocurre además que quienes defienden esta postura insisten a su vez en cómo no existe una identidad básica entre ambos fenómenos, postmodernismo y postestructuralismo, y en que este último movimiento, en definitiva el de los teóricos galos y norteamericanos, se refiere en muy contadas ocasiones a lo postmoderno (excepción hecha de Lyotard y Kristeva), estando siempre su discusión crítica encaminada a proporcionar una teoría del modernismo, nunca de la postmodernidad⁷. Modernas son sus inquietudes,

2 Cfr. HELLER, Á., y FEHÉR, F., *Políticas de la postmodernidad. Ensayos de crítica cultural*, trad. de Montserrat Gurguí, Barcelona, Península, 1998, p. 18.

3 NORRIS, Ch., *Teoría acrítica. Posmodernismo, intelectuales y la Guerra del Golfo*, trad. de Manuel Talens, Madrid, Cátedra, 1997, p. 63.

4 *Idem*, p. 47.

5 *Ibidem*, p. 45.

6 Cfr. HUYSEN, A., «Guía del posmodernismo», en CASULLO, N. (Comp.), *op. cit.*, pp. 296-297.

7 Cfr. *Idem*, p. 305.

sus referencias y sus propuestas, y desde luego lo son sus modelos, una y otra vez los «clásicos» modernistas: «Flaubert, Proust y Bataille, en Barthes; Nietzsche y Heidegger, Mallarmé y Artaud, en Derrida; Nietzsche, Magritte, Bataille, en Foucault; Mallarmé, Lautréamont, Joyce y Artaud en Kristeva; Freud en Lacan [...]»⁸, y de este modo hasta el final.

Así las cosas, se tendría la impresión de que el término «postmodernismo», o «postmodernidad», oscila, por decirlo muy llanamente, entre los polos del insulto y de cierta provocación exaltada, según sea el esquema de quien lo esgrima. En ambos casos se trata de una especie de «bolsa de Fortunato» en la que todo cabe y de la cual, como equivalente que es de la popular chistera mágica, todo puede extraerse al albur de las distintas y aun opuestas invocaciones rituales. «Post-moderno» suena a inequívoco reproche, como observábamos antes, en la extensa lista de imprecaciones de la que a menudo se sirve Habermas, y prácticamente al equivalente de un insulto en los argumentos anti-Baudrillard de Norris, y no digamos ya en boca de quienes como André Glucksmann opinan que «postmodernidad» no es sino un sinónimo de «estupidez»⁹. Paralelamente, y desde la conocida memoria pericial elaborada para el Gobierno canadiense de finales de los años setenta por Jean-François Lyotard bajo el título *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*¹⁰, «lo postmoderno» es, en el extremo opuesto al representado principalmente por Habermas, todo un canto de liberación y superación de una Modernidad que se autodeclara sin terminar, a cuyos grandes relatos se les niega ya la renovación de su moratoria, para arrumbarlos sin más y alzar frente a ellos un nuevo tiempo cimentado sobre la sospecha ante la legitimación de los clásicos discursos, la incredulidad ante cualquier «metarrelato» obstinado en persistir, y la exaltación de la diferencia.

En nuestra opinión, se trataría de encontrar la por otra parte nada novedosa postura intermedia entre ambos polos. Dado que el camino que personalmente nos resultaría ideal, es decir, la lisa y llana eliminación de términos-etiquetas como los que aquí nos ocupan, entre muchos otros de semejante si no superior aceptación pública, a fin de ir a cada uno de los pensamientos cuyo peso específico imposibilita que sean agrupados entre sí mediante expedientes tan fáciles, dado que tal camino, decimos, resulta impracticable y además se escapa a la propuesta que provoca las presentes líneas, la única senda que resta consistiría, siempre a nuestro juicio, en difuminar al máximo la etiqueta, algo en rigor sencillo, como vemos, dada su propia ambigüedad, carácter éste que habría que potenciar hasta el punto de que casi nos diese igual el empleo del término para a modo de piel cubrir (o no) a una u otra corriente filosófica. Y para esto, desde luego, tendremos que comenzar por distanciarnos de los dos extremos que acabamos de mencionar, la consideración de «lo post-moderno» como condena o rechazo desde la perspectiva de ciertos garantes de la Modernidad y como visión triunfalista de superación de la misma. De hecho, y es lo que quisiéramos argumentar aun mínimamente a seguido, creemos que tal cautela, tal toma de distancia coincide en el fondo con la propuesta de críticos de la cultura como Fredric Jameson, para quien tan imposible resulta intelectual o políticamente aclamar la Postmodernidad como «desaprobarla», si es que este último verbo quiere o puede significar algo en un momento en que vivimos inmersos en la cultura postmoderna, y esto al margen de la experiencia y aun de la manifestación que cada cual de noso-

8 *Ibidem.* p. 299.

9 *Vid.* GLUCKSMANN, A., *La estupidez: ideologías del postmodernismo*, trad. de Rosa Berdagué, Barcelona, Península, 1997.

10 LYOTARD, J.-F., *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*, trad. de Mariano Antolín Rato, Madrid, Cátedra, 1984.

tros haga de sus propios «gustos»¹¹. Y coincide asimismo a la postre con quienes como Ágnes Heller y Ferenc Fehér consideran que la Postmodernidad «no es un período histórico ni una tendencia (cultural o política) con características bien definidas»¹², sino más bien una parte del tiempo y del espacio más amplio de la Modernidad, cuyos problemas resultan ser en definitiva los problemas de nuestra presente condición, a los que —en tanto que «postmodernos»— nos enfrentamos no sin cierto aprisionamiento promovido por la vaguedad de ese «post» prefijo hoy a tantos términos cuya inquietante paradoja consiste en ponernos en la situación y sensación insalvables de un «estar después» con el que vivimos el presente¹³.

Apuntaremos, con todo, nuestra tesis afirmando contra lo que de una primera apariencia podría deducirse, que el término o la categoría de lo «postmoderno» nada tiene que ver con una determinación de orden temporal: no se trata en ningún caso de una voz o convención de nomenclatura para designar una nueva etapa histórica que vendría a cancelar y a situarse más allá de la etapa moderna, al modo en que ésta habría cerrado el Renacimiento o el período medieval reclamando la reasunción de los modelos de otro período anterior conocido por la misma convención como «Antigüedad» (pero éste no sería el lugar tampoco para hacer retroceder la cuestión hasta el problema no menos inquietante y complejo de qué sea aquello que entendemos por «Modernidad»). Comenzaremos citando la acertada opinión de un conocido semiólogo experto en y él mismo buen exponente práctico de cierto postmodernismo, Umberto Eco, quien en 1983, en las ya clásicas *Apostillas* a su novela *El nombre de la rosa*, afirmaba creer que «el postmodernismo no es una tendencia que pueda circunscribirse cronológicamente, sino una categoría espiritual, mejor dicho, un *Kunstwollen*, una manera de hacer»¹⁴. En realidad, nos atreveríamos a afirmar que, salvo muy contados casos de despiste en la crítica y a excepción, evidentemente, de cierta mirada superficial desde la perspectiva del llamado «sentido común», más bien confuso o atrapado en las mallas engañosamente temporales del prefijo «post», la opinión de Eco se halla en el momento actual del debate ampliamente difundida y aceptada. Incluso el mismo Lyotard ha empleado el término «postmodernidad» para designar simplemente un estado del alma¹⁵, un clima, un cambio de actitud del espíritu, un nuevo enfoque que por esto mismo —por no ser otra cosa que un aporte de perspectiva— no implica, pese a la semántica lábil y estéril de nuestro «post», el rechazo de una época cerrada y encerrada en el museo de los libros de Historia, antes al contrario: el enfoque postmoderno se hallaría contenido ya en la Modernidad, de la que no sería ni un epígono ni una superación ni mucho menos un rechazo, sino más bien una modulación, una variación o, por qué no, una extrema intensificación y puesta al día de sus preocupaciones y compromisos originarios. Con ánimo polémico, Umberto Eco se pregunta si no sería posible pensar que cada época tiene su propio postmodernis-

11 Cfr. JAMESON, F., *Teoría de la postmodernidad*, trad. de Celia Montolio Nicholson y Ramón del Castillo, Madrid, Trotta, 1996, pp. 219 y ss.

12 HELLER, Á. y FEHÉR, F., *op. cit.*, p. 149.

13 Cfr. *Idem*, pp. 12 y 149.

14 ECO, U., *Apostillas a «El nombre de la rosa»*, trad. de Ricardo Pochtar, Barcelona, Lumen, 1984, p. 72. Deseo agradecer a mi amigo y colega Pedro Antonio Medina Reinón un muy pertinente comentario acerca de la traducción generalizada en castellano por la crítica especializada del fundamental concepto alemán *Kunstwollen* por «Voluntad de Forma», algo que parece ignorar el traductor de Eco, cuyo trabajo no he querido sin embargo alterar por entender que «manera de hacer» —versión tan llana como el tono mismo de las *Apostillas*— se ajusta perfectamente al fin perseguido en el presente ensayo.

15 Cfr. LYOTARD, J.-F., *Philosophie und Malerei im Zeitalter ihres Experimentierens*, Berlín, Merve, 1986, p. 97, *cit.* Por WELSCH, W., «Topoi de la posmodernidad», en FISCHER, H.R., RETZER, A. y SCHWEITZER, J. (Comps.), *El final de los grandes proyectos*, trad. de Javier Legris, Barcelona, Gedisa, 1997, p. 36.

mo, más aún: si no sería éste el nombre moderno asignado a la categoría metahistórica que hasta hoy denominábamos «Manierismo»¹⁶, razón que explicaría el hecho de que una etiqueta diseñada para ser aplicada a escritores, pensadores y artistas del último cuarto del siglo XX se haya ido desplazando hacia atrás sin excesiva resistencia, hasta el punto de que no sólo no nos extraña al fin que Habermas tenga por postmoderno al primer Wittgenstein, sino que de buena gana pensamos en Jorge Luis Borges, por no citar más ejemplos, como un escritor plenamente característico de este enfoque o «manera de hacer» en Literatura.

Por supuesto, este cauce o actitud que ya por comodidad seguiremos llamando «postmoderno», esta categoría espiritual, manera, voluntad o intención de obrar, todo lo que, en fin, se contiene de modo más o menos feliz tras la desafortunada partícula antepuesta a lo moderno, ese «post» que indica antes un espacio, un lugar (mental, anímico), que un bucle revolucionario en el tiempo, al modo de un apocalipsis o un deseado final nihilista de la Historia como el que hace un par de lustros desbordaba a partir de un aún no del todo olvidado Fukuyama ríos de tinta, esta tendencia de nuestro tiempo comprende, pues, unos rasgos característicos, unos lugares comunes o *topoi* que tienen la ventaja de resultar tan generales que difícilmente obtendrán nuestro desacuerdo, al tiempo que también difícilmente servirán —salvo si media una férrea predisposición a contrario— para hacer de la etiqueta de que venimos tratando una categoría precisa y bien definida al servicio de un programa histórico de ruptura con la tradición y la herencia de los últimos siglos. «Simplificando al máximo —decía Lyotard al inicio de su informe—, se tiene por “postmoderna” la incredulidad con respecto a los metarrelatos»¹⁷, y tal sería el topos fundamental de la Postmodernidad: el final de los metarrelatos, el final de los grandes proyectos, de las ilusiones de totalización u omnicomprensión del mundo de la vida, por decirlo a vuela pluma, un final que, como nos recuerda Wolfgang Iser¹⁸, no significa que no se sigan manteniendo en pie los viejos metarrelatos ni que dejen de aparecer otros nuevos (ahí, por ejemplo, el ya no tan en boga culto por la *New Age*), lo que sucede es que ha quebrado la creencia en los mismos, en sus pretensiones de legitimación. Al margen de los peligros o la liberación que según gustos se quiera ver en ello, ésta es la clave del enfoque espiritual o manera de hacer postmoderna, en palabras de Iser: «La mayor parte de lo que se conoce como topos de la posmodernidad —el adiós al pensamiento de un progreso unilineal, una nueva consideración de la simultaneidad de lo no simultáneo, la comprensión de la imposibilidad de sintetizar nuevas formas de vida diferentes, patrones de racionalidad o formas de orientación, es decir, la aparición de diferencias y conflictos— se explica a partir de esta ruptura con las viejas exigencias de unidad y de sujeción a dicha unidad.»¹⁹. En suma, el lugar de nuestro prefijo, el porqué de este «post» de difícil manejo, se nos revela como una radical toma de distancia o puesta en tela de juicio que no sólo no pretendería «superar» lo moderno (puesto que ello supondría a su vez perpetuar la lógica del desarrollo o del progreso de la que ahora se descrea²⁰), sino que además podría verse como otra vuelta de la tuerca moderna, en el sentido de una radicalización de la tendencia clave de la Modernidad: su carácter de *emancipación*, aunque nos apresuraremos a matizar este aserto subrayando nuestro anterior «podría verse», porque resultará evidente en este punto la dificultad si no imposibilidad que lleva consigo todo intento de ligar el «post» de lo «postmoderno» al clási-

16 Cfr. ECO, U., *ibidem*.

17 LYOTARD, J.-F., *La condición...*, *op. cit.*, p. 10.

18 Cfr. WELSCH, W., *op. cit.*, p. 37.

19 *Idem*, p. 38.

20 En este sentido, cfr. VATTIMO, G., *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, trad. de Alberto L. Bixio, Barcelona, Gedisa, 5ª ed., 1995, pp. 10 y ss.

co relato emancipador, compañero de los no muy lejanos conceptos de progreso, iluminación, desarrollo, etc.

Con ánimo de ir concluyendo nuestras notas y para simplificar hasta el extremo la postura que hemos identificado con el espacio postmoderno, nos referiremos a un curioso concepto de raíz evidentemente nietzscheana que suele emplear el filósofo francés Gilles Deleuze. Nos referimos a la expresión «ateísmo tranquilo», con la que Deleuze se refería en conjunto a la obra filosófica de Nietzsche, por supuesto, pero también de autores como su amigo y colega en la Universidad de Vincennes François Châtelet. En el breve opúsculo que dedicó a la memoria de este último bajo el título *Pericles y Verdi*, Deleuze entiende por «ateísmo tranquilo» una filosofía para la que Dios no es un problema, para la que la inexistencia o incluso la muerte de Dios no son problemas, sino todo lo contrario: condiciones «que hay que considerar como adquiridas para hacer surgir los verdaderos problemas»²¹, condiciones para comenzar a pensar, para instalar firmemente la filosofía en un «puro campo de inmanencia». Ahora bien, tal «ateísmo tranquilo», tal descreencia en sí no problemática respecto de toda transcendencia, de toda creencia en otro mundo, en lo que Châtelet denominaba «fatuidades», encierra un completo programa —por así decirlo— innominadamente postmoderno, del que fácil será que cada cual extraiga sus propias conclusiones a nivel cultural, del momento en que nos toca vivir y por supuesto, ante todo, sobre todo, en clave política. Las posibilidades y dificultades de tal tarea aparecerán con nitidez cuando con Deleuze nos preguntemos acerca de qué sea ese «Dios», esa transcendencia rechazada por el «ateísmo tranquilo», pregunta que justificará la reproducción a seguido de una cita de las bellas y rigurosas palabras de Châtelet que Deleuze hace suyas:

«En nuestra jerga de filósofos, a un principio planteado a la vez como fuente de toda explicación y como realidad superior, lo llamamos transcendencia. La palabra es hermosa y yo la encuentro cómoda. Los fatuos, pequeños o grandes, desde el líder de un grupúsculo al presidente de los Estados Unidos, desde el psiquiatra al director general, funcionan a golpe de transcendencias, de la misma manera que el *clochard* funciona a golpe de vino tinto. El Dios medieval se ha dispersado, sin perder por ello nada de su fuerza y de su unidad formal profunda: la Ciencia, la Clase obrera, la Patria, el Progreso, la Salud, la Seguridad, la Democracia, el Socialismo —la lista sería demasiado larga— son otros tantos avatares de Él. Esas transcendencias lo han sustituido (ni que decir tiene que todavía está ahí, omnipresente), y ejercen con una ferocidad creciente sus tareas de organización y de exterminio»²².

Tal «ateísmo tranquilo» coincide con aquel «ateísmo propiamente pictórico» que Deleuze trataba en extenso en la que para algunos pasa por ser su obra cumbre sobre el tema de lo postmoderno —pese a que la dichosa etiqueta no aparece en ninguna de sus páginas— en el terreno de la estética²³, nos referimos al ensayo sobre la pintura de Francis Bacon que lleva por título *Lógica de la sensación*. Allí, y a propósito de autores que van desde Giotto, Tintoretto o Miguel Ángel hasta el Greco o Velázquez, entre otros que nos recordarán las opiniones de Eco acerca de la identificación última de lo postmoderno con los manierismos, en sentido amplio, de cada época, Deleuze muestra cómo ateniéndose al código pictórico de la Iglesia, dominante en un momento histórico dado, estos

21 DELEUZE, G., *Pericles y Verdi. La filosofía de François Châtelet*, trad. de Umbelina Larraceleta y José Vázquez Pérez, Valencia, Pre-Textos, 1989, pp. 5-6.

22 CHÂTELET, F., *Les années de démolition*, p. 263, cit. por DELEUZE, G., *op. cit.*, p. 6.

23 Cfr. en tal sentido, LASH, S., «Posmodernidad y deseo (sobre Foucault, Lyotard, Deleuze, Habermas)», en CASULLO, N., (Comp.), *op. cit.*, pp. 377 y ss.

artistas fueron capaces de arrancar las líneas, los colores y los movimientos a las exigencias de la simple representación para dar rienda suelta a su libre trabajo creador y permitirse de modos muy diversos la liberación de lo propiamente pictórico o escultórico de las ataduras del hecho narrativo religioso²⁴, algo que, por cierto, y como es de sobra conocido, no siempre pasó inadvertido a las autoridades de quienes partían los encargos.

Bibliografía básica

Seleccionamos, entre la ingente bibliografía disponible sobre el tema, una serie de obras que consideramos capitales; algunas de las mismas han sido ya mencionadas en las notas a pie de página.

- BEYME, Klaus von, *Teoría política del siglo XX: de la modernidad a la postmodernidad*, Alianza, Madrid, 1994.
- CASULLO, Nicolás (Comp.), *El debate Modernidad / Posmodernidad*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1993.
- CONNOR, Steven, *Cultura postmoderna. Introducción a las teorías de la contemporaneidad*, Akal, Madrid, 1996.
- DELEUZE, Gilles, *Francis Bacon. Logique de la sensation*, París, Éditions de la Différence, 1981, (2 Vols.).
- *Pericles y Verdi. La filosofía de François Châtelet*, trad. de Umbelina Larraceleta y José Vázquez Pérez, Valencia, Pre-Textos, 1989.
- ECO, Umberto, *Apostillas a «El nombre de la rosa»*, Lumen, Barcelona, 1985.
- FISCHER, H.R., RETZER, A., SCHWEIZER, J. (Comps.), *El final de los grandes proyectos*, Gedisa, Barcelona, 1996.
- GLUCKSMANN, André, *La estupidez: ideologías del postmodernismo*, trad. de Rosa Berdagué, Barcelona, Península, 1997.
- HELLER, Ágnes y FEHÉR, Ferenc, *Políticas de la postmodernidad. Ensayos de crítica cultural*, Península, Barcelona, 1989.
- JAMESON, Fredrich: *Teoría de la postmodernidad*, Trotta, Madrid, 1996. (Incluye *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, publicado por separado, Paidós, Barcelona, 1991.)
- LYOTARD, Jean-François, *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*, trad. de Mariano Antolín Rato, Madrid, Cátedra, 1984.
- *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Gedisa, Barcelona, 1987.
- *Moralités postmodernes*, Galilée, Paris, 1993.
- NORRIS, Christopher, *Teoría acrítica: posmodernismo, intelectuales y la guerra del Golfo*, Cátedra, Madrid, 1997.
- PERRY, Anderson, *Los orígenes de la postmodernidad*, Anagrama, Barcelona, 2000.
- RUBIO CARRACEDO, José (Ed.), *El giro posmoderno*, Philosophica Malacitana, Suplemento nº. 1, Málaga, 1993.
- VATTIMO, Gianni, *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, trad. de Alberto L. Bixio, Barcelona, Gedisa, 5ª. ed., 1995.

24 Cfr. DELEUZE, G., *Francis Bacon. Logique de la sensation*, París, Éditions de la Différence, 1981, Vol. I, en especial las pp. 14, 37 y 102.